

honor á la familia; uniones degradantes, en las qué se abaja á las almas para elevar la fortuna, en las qué se deprava la sangre para restaurar un nombre ó aumentar un patrimonio! ¡Qué! ¡para cimentar esa alianza que debe llevar la familia sobre su indisolubilidad sagrada, es esto lo que poneis! ¡un guarismo, nada mas que un guarismo! y en vista del poder de ese guarismo decis á esos dos corazones que se rechazan el uno al otro: «Vivid unidos: la fortuna corresponde á la «fortuna, el oro iguala al oro, la ecuacion es perfecta, y vosotros no teneis nada que decir.» Como si en esos contratos, que deben fundar la familia, se tratase, no de unir los corazones, sino de venderlos.... ¡Vender los corazones! ¡Gran Dios! ¿Y en diciendo esa palabra horrible, acaso no he dicho muy bien la verdad? Sí: ¡pobres corazones de veinte años, que anhelaís la afeccion como una flor el rocío; el siglo os vende en vez de uniros el uno al otro! ¡Corazones llenos de amor, ya tan extraviados por las novelas sensuales; vosotros soñábais un ideal: para castigaros un error por medio de una locura (el siglo lo quiere) vosotros os casaréis con un capital!...

Y ved como los desórdenes se enlazan aquí con los desórdenes para degradar la familia. Un hombre tiene cuarenta años; á fuerza de gastos y de sensualismo ha agotado su fortuna, y echado á todos los vientos de liviandad la savia de su vida. Hé aquí llegada la hora de tomar estado; ¡todo va á escaparle, y todo empieza á desaparecer! Para poner á salvo la segunda mitad de su vida, ¿qué diríais que hace? Se casa con una fortuna. Vosotros le habláis por la primera vez de un ángel terrestre, que le trae por primera dote el oro de un corazon puro, el oro de una alma inocente, el oro divino de todas las virtudes: él está distraido, y vosotros le creeríais absorto en la contemplacion del cuadro que le poneis á la vista. Nada de eso; una sola cosa le preocupa: ¿y sabeis la cuestion que propone ese veterano de la liviandad y del despilfarro? La cuestion capital, decisiva, y algunas veces la única, es esta: «Pero ¿cuanto tiene? — 500,000 francos. — Está muy bien, esto es lo que yo habia soñado.» Esos hombres tan positivos tienen tambien sueños, y sus sueños suben hasta allá.

No os riais, señores; el asunto es bastante triste, y serían menester lágrimas de sangre para llorar esa degradacion que lleva tras sí tantas otras. Porque los abatimientos, los vicios, las desgracias y las ruinas

que lleva en pos de sí ese desórden fundamental, que deshonra la familia en su principio mas íntimo, los atestiguan por todas partes los hechos, con una elocuencia tan demostrativa, que no necesitan se les añada la demostracion de la palabra.

La familia, una vez constituida, se mantiene del mismo modo que fué fundada, por medio de un principio unitivo. El amor, que se derrama del corazon de los padres al corazon de los hermanos, para volver á subir de allí á su origen natural, y bajar aun otra vez; el amor, que verifica en la unidad de la familia algo de lo qué ejecuta la sangre en la unidad del cuerpo humano, y de lo que hace la savia en la unidad del árbol que se descoge sin romperse en ramas múltiples, hé aquí lo que conserva, como tambien lo que funda y constituye la familia. ¡Admirable unidad, en la qué las afecciones corresponden á las afecciones, las simpatías á las simpatías, y en la qué la dicha de cada uno se multiplica con la dicha de todos!... ¡Dulce fraternidad, que el padre y la madre protegen con su autoridad, y conservan suave y fuerte con la suavidad y la fuerza de su propio amor! ¡Oh! ¡qué bueno es, qué dulce para hermanos habitar, tocarse, abrazarse en el seno de esa viva unidad! *Ecce quàm bonum et quàm jucundum habitare fratres in unum!*... ¡Dios mio! vuestra unidad, cuyos vínculos misteriosos habeis ocultado en el fondo de nuestros corazones, ¿podrá acaso destruirse un dia? Esos corazones, que se atraen los unos á los otros, ¿podrán algun dia esquivarse? Esos hermanos que se aman, ¿podrá ser que con el tiempo se aborrezcan? ¿Quién tendrá acá en la tierra poder para destruir de una vez (junto con la dicha que le está anexa) esa fraternidad, que la paternidad acá en la tierra anuda en su propio corazon, y Dios desde lo alto de los cielos cubre con la proteccion de sus miradas y la bendicion de su amor? Señores, una cosa tiene el poder de destruir esa unidad y esa fraternidad. ¿Y cual es? ¡La codicia! ¿Quien armará los unos contra los otros, con odios implacables, esos hermanos, que podian creerse unidos en la eternidad de su amor? Una sola cosa, la reparticion del oro: entónces es cuando empieza la division, entónces es cuando se separan los corazones. Sí, la reparticion de la materia es causa del rompimiento de la unidad y de la separacion de los corazones. ¡Ah! ese foco de amor, del qué han salido tantos amores, apénas se ha extinguido: ese corazon de padre ó

ese corazón de madre, de donde salieron todos los corazones fraternales, no bien está helado por la muerte, cuando la codicia sopla en aquellos corazones, hasta entonces unidos, celos, discordias, odios, por fin. Junto á ese ataúd, que encierra el foco apagado del amor paternal, van á encenderse odios de hermanos, tanto mas fuertes y tanto mas encarnizados, cuanto son la perversion de un amor mas profundo y el rompimiento de una unidad mas santa. Las preocupaciones de la fortuna reemplazan en tres dias las preocupaciones del dolor. En vez de encontrarse sobre una misma tumba para dar allí, por medio de lágrimas unidas, testimonio de las mismas afecciones y del mismo dolor, se encuentran delante de una misma herencia para dar, con el espectáculo de corazones divididos, testimonio de una misma codicia y de un mismo egoísmo. Y aquellos hermanos, que se los vió dos dias atras, llorando en derredor del lecho fúnebre de un padre ó de una madre, se los verá mañana frios y pálidos, disputando en derredor de su testamento. Y aquellos, á quienes se oyó ayer, que hacian resonar en medio de los funerales el plañido del amor, se los oirá mañana que hacen resonar ante los tribunales los clamores del odio: gritos salvajes de las codicias en delirio y de los egoísmos en furor.

Así (vosotros lo veis) la codicia no se contenta con impedir la unidad que funda la familia sobre la union de los corazones, sino que la rompe hasta cuando está ya fundada. Ella hace un mal todavía mas desastroso, que mi mision apostólica y la gravedad de mi asunto me autorizan y me inducen á denunciar hoy de lo alto de esta cátedra: ella impide la propagacion de la familia humana, y le causa una esterilidad vergonzosa que prepara á la familia, junto con su propia decadencia, la ruina social. ¿Tendré acaso bastante valor para decir aquí en alta voz lo que muchos años hace conservo en mi interior, envuelto en un silencio doloroso? Sí, lo tendré, porque estoy oyendo á Dios que me dice: «Hijo del hombre, no temas, y anuncia á mi pueblo sus crímenes y sus prevaricaciones: *Annuntia populo meo scelera eorum.*» ¡O vergüenza, ó degradacion, ó ruina de la familia, ó codicia! ¡qué no haces tú aceptar en nuestros dias, hasta á las familias que pasan por morigeradas, cuando no sean enteramente cristianas! ¿Acaso no eres tú la que, para agotar en la familia los manantiales de la vida, inspiras á los padres y madres ese cálculo de Satanás: «La cantidad de vuestra

«fortuna es fija: que lo sea tambien el número de vuestros hijos; por-
«que en una sociedad, en qué la riqueza y el lujo deben subir siempre,
«no conviene que los hijos estén ménos provistos de bienes de fortuna
«que sus padres?» Así habla la codicia: y se sufoca el grito de la conciencia, y se dice á la codicia: «Tienes razon:» y se dice á la vida que quiere difundirse porque es fecunda: «Tú no irás mas léjos.» Y para esta obra de destruccion se ve el sensualismo que da la mano á la codicia. Sí, señores: el sensualismo que teme los alumbramientos dolorosos y las educaciones mas dolorosas todavía; el sensualismo que tiene horror al sacrificio, tanto como tiene pasion por el deleite, conspira con la codicia para violar la ley de familia y disminuir la raza humana; y ¡esas dos concupiscencias se encuentran cómplices de un mismo crimen, para condenar á la tumba á generaciones que jamas habrán tenido cuna! ¡Ah! y tal es en esta parte la depravacion del sentido moral, que llega á hacerse una gloria inhumana de esos cálculos infanticidas. El crimen mismo, el crimen sin arrepentimiento ni vergüenza, tiene la osadía de cubrir aquí de ridículo el deber, el sacrificio y la virtud; y en la sonrisa de los viciosos y disolutos se le ve señalar á los padres y á las madres que multiplican en derredor de sí á los vástagos de su propia vida, lo mismo que la viña sus ramas, y que, como los patriarcas, tienen todavía la sencillez primitiva de contar las bendiciones del cielo por el número de sus hijos.

Dichosos aquellos que no me oyen; pero aquellos, que tienen oidos para oír, oigan aquí la verdad, toda la verdad, sobre esos vicios ocultos y profundos que roen sordamente en el corazón de la familia los gérmenes de nuestra vida moral y de nuestro progreso social.

¡O siglo décimonono! ¡ó siglo del progreso! ¡á donde conduces tú la humanidad por medio de esta prevaricacion que se hace de dia en dia mas extensa y mas profunda, amontonando sobre nuestras cabezas las borrascas de la tierra y los rayos del cielo! ¡O vosotros, que poseeis los bienes de este mundo! oíd lo que os digo: vosotros oponéis vuestros cálculos á las leyes de la Providencia, y las vilezas de vuestro egoísmo á los dones de su amor! ¡ay de vosotros! Vosotros teméis que vuestra posteridad no posea bastante: vosotros seréis castigados en vuestra misma posteridad. Dios está en el cielo, y tiene un rayo siempre pronto para vengar á su tiempo las violaciones de su ley.

Y consideradlo bien, la tierra os amenaza asimismo con legítimos castigos. Para multiplicar la herencia escaseáis la vida: para aumentar la posesion disminuís el número de los poseores: vosotros legáis á vuestros hijos el poder de la posesion, pero les quitais el poder del número. Un dia, tal vez, aquellos que nada poseen, llegarán á contarse; y viendo muchos huecos en las filas de vuestros raros descendientes, dirán: «Levantémonos; nosotros somos los mas fuertes, el poder del número está de nuestra parte; ¡ay de la minoría!»

III. Para presentir, en este desenlace de los desórdenes de la familia, el desastre de la sociedad, ¿qué se necesita suponer? Una sola cosa, el odio social. Y para suscitar esos odios, ¿qué se necesita? Nada mas que lo que la codicia contemporánea pone abajo, arriba y en todos los grados de la gerarquía social.

¿Qué es lo que el reinado de la codicia pone abajo en nuestros dias? Una cosa formidable: la envidia, fecunda en odios populares. Es propio de todo deseo excesivo engendrar una envidia relativa á su propio objeto. El amor hace envidiar la posesion de los corazones; la ambicion hace envidiar la posesion de los honores; la codicia hace envidiar la posesion de las riquezas. Así, cuando el soplo de las grandes codicias pasa al traves de todas las almas, hace germinar en ellas envidias profundas. En tanto que todos se precipitan á la posesion de la riqueza, todos aumentan sus deseos; pero no todos llegan á la posesion de lo que han deseado. De aquí nacen en los corazones ambiciones reducidas á devorarse ellas mismas, ó á consolarse de su derrota por medio de envidias que se hacen á su propia medida. Entónces, miéntras que los afortunados pasan como triunfadores montados sobre el carro de su fortuna, ojos llenos de una rojez amoratada los miran pasar, y el triunfo de la riqueza tiene por cortejo envidias convulsivas: envidias que pronto pasarán á ser odios, y odios fraticidas.

A la verdad, señores, al reprobar el exceso de la codicia en los grandes, no es mi ánimo legitimar las envidias y los odios que ella engendra en los pequeños; ni pretendo tampoco presentárosla como la única causa de esas envidias y de esos odios. ¡Ah! nosotros lo sabemos muy bien; esas envidias mortales salen por sí mismas del seno de la concupiscencia. Mucho tiempo hace que Santiago nos ha revelado este misterio de la vida humana y este secreto de la agitacion social.

Pero, es preciso confesarlo: esas envidias, siempre prontas á salir del fondo del corazon humano, son provocadas, aumentadas y armadas en el exterior por el espectáculo de las grandes codicias; y originan, contra aquellos que poseen, odios terribles, que se prometen á la primera señal hacer expiar á los afortunados lo que ellas llaman la tiranía de su prosperidad.

Odios, en efecto, tanto mas ávidos de proyectos homicidas, que, al mismo tiempo que la envidia los suscita por abajo, la codicia que reina por arriba, hace verdaderamente de esa prosperidad envidiada, la tiranía del pobre y la opresion de los pequeños. Hablo, no de la tiranía política, que consiste en la supresion de los derechos por el poder encargado de protegerlos; sino de la tiranía moral, que es la opresion de las necesidades, y consiste en hacer pesar sobre los pequeños, por la fuerza misma de las cosas, el despotismo de los ricos sin amor y de los afortunados sin entrañas.

En efecto: hay en las sociedades entregadas sin freno al imperio de la codicia, una opresion y una servidumbre fatal, contra la cual ni las leyes, ni los sistemas, ni las revoluciones no preservarán jamas á los pequeños. ¿Y por qué? Porque la codicia, sin el freno del cristianismo, es decir, el egoismo sin el contrapeso del amor, somete necesariamente el movimiento de las fortunas á la ley de su propia atraccion. Cuando el reinado exclusivo de la codicia humana llega á suprimir en las almas el principio de expansion que les viene de la caridad, entónces no puede haber equilibrio entre las grandes fortunas y las pequeñas. Las pequeñas son absorbidas poco á poco en las grandes, de la misma manera que los planetas y los satélites se precipitarian sobre el sol, si en el movimiento de los mundos no hubiese otra fuerza que hiciera un continuo contrapeso al principio de atraccion. Y llegado este caso, ¿de qué sirven, para remediar aquella desdicha y aquietar la murmuracion de las almas, algunas liberalidades que las desgracias populares arrancan al pudor público? En esa clase de sacudimientos, las grandes fortunas, al servicio de las grandes codicias, tienen ese resultado que puede considerarse poco mas ó ménos fatal; y es, que lo que ellas sueltan por una parte, lo recobran por otra; semejantes á aquellos lagos y mares, que por mil canales misteriosos absorben otra vez las aguas derramadas por sus riberas.

Así, pues, dejad pasar, sin meterlo en freno, el monstruo de la codicia que siempre crece: dejad hacer á los hombres que llevan en sus manos los instrumentos de la riqueza, sin introducir en su corazón el resorte del amor: dejad andar, conforme á los trámites de su propia ley, esos astros reguladores del mundo rentístico, los cuales, por una absorción progresiva, arrastran tras sí en su movimiento la fortuna de las pequeños. Y yo digo, que tanto si lo quereis como si no lo quereis, que piensen ó no piensen los hombres en ello, veréis vosotros levantarse bien pronto, en un mundo entregado al despotismo de la codicia, fortunas fabulosas, capaces no solo de multiplicar los odios que provienen de la envidia, sino que, haciendo sentir todo su peso á las generaciones que tienen poco y á las generaciones que no tienen nada, harán también germinar los odios que deben originarse de esas inevitables opresiones.

Y mientras que la envidia por abajo, y la opresión por arriba, suscitan juntas los odios populares; la injusticia, apareciendo á la vez abajo, arriba y en medio, extiende y acrecienta por todas partes esos odios, que tarde ó temprano deben hacer en la sociedad su explosión universal.

La justicia eleva las naciones, la injusticia las pone en el declive de su caída, y acaba por hacerlas desplomar enteramente. De una sociedad, en que la injusticia llega á un cierto grado de universalidad, no esperéis nada, nada, á no ser que sea la decadencia primero, y la ruina al fin.

Y si esto es así, ¿qué debemos esperar de una sociedad, en que la codicia propaga y extiende todos los días el reinado de la injusticia? ¡Ah! de esas injusticias monstruosas, la centésima parte de las cuales no se descubre en la superficie de las cosas, y permanece sepultada en unas tinieblas que solo disipará la luz del día del juicio, ¿cómo será posible sondear los misterios, decir los nombres, indicar los caracteres?

Aquí reconozco ingenuamente mi impotencia. Yo he visitado poco al mundo rentístico: pero hay ciertas claraboyas, por las cuales nos es permitido mirar, y por donde podemos percibir algunos de sus oscuros misterios, en medio de los cuales parece la justicia que salva á las naciones.

¿Como llamaremos esas quiebras inmorales, calculadas de antemano como un medio de evitar uno mismo, llevándose consigo los últimos restos de su fortuna, ese abismo de miserias, á donde se arrastra con conocimiento á familias enteras, arruinadas por ese naufragio voluntario?

¿Como llamaremos esos proyectos furiosos, en virtud de los cuales un hombre se dice interiormente en un sueño de codicia: «Yo no tengo nada, y voy á probar fortuna: hé aquí mi plan: necesito por base un capital de cien millones. Si todo me sale bien, dentro de tres meses soy millonario; si no me sale bien, dentro de tres meses cien familias caerán en la miseria al rechazo de mi caída?...» Y la codicia le grita: «*Adelante, es posible que salga bien.*» Ese hombre va adelante, y cien familias caen con él en el abismo abierto por su codicia.

¿Como os descubriré esos misterios de comercio, delante de los cuales se cubren de un velo la justicia y la caridad: convenciones egoistas é iníquas al mismo tiempo, en las que los fuertes de la industria y del capital meditan especulaciones inhumanas, y realizan ganancias monstruosas? ¡Convenciones infernales, en las que se ven los débiles aplastados entre fortunas que estipulan su ruina!

¿Como llamaremos esas venalidades verdaderamente opresivas, en las que se venden los hombres, las instituciones y hasta las ideas mismas? Pactos de Júdas renovados, en los que se oye á ciertos hombres que pasan entre sí contratos como estos: «¿Qué quereis darnos? y por medio de nuestros discursos, de nuestros libros y de nuestros periódicos harémos víctima del odio popular tal institución, tal clase de hombres, tal doctrina, tal idea.»

¿Como llamaremos, por fin, esas maquinaciones que se traman en las cavernas del agiotage, en donde algunos millonarios se entienden para hacer bajar, por medio de golpes inesperados, el valor de las cosas y la fortuna de los hombres; en donde para asegurarse el beneficio, la mentira se acredita con un error afortunado; en donde se pide á una prensa venal, á voces asalariadas y hasta al inofensivo telégrafo, noticias de desastres imaginarios, para causar en provecho de su egoismo desastres reales? ¡Tramas homicidas y verdaderamente atroces, que ocasionan catástrofes, á las que se agrega, bañada en lágrimas y algu-

nas veces en sangre, la ruina de las viudas, de los huérfanos y de los oprimidos de todas las clases, reducidos á no poder siquiera invocar la proteccion de la ley y la salvaguardia de la justicia, contra esas iniquidades hábiles y sabios despojos, porque, como he dicho, lo que perece primero que todo en el fondo de esos negros misterios, es la justicia!

Yo me detengo, señores, no porque no pueda ver, sino porque no puedo decir: porque mas allá de todo lo que acabo de indicar con palabras, yo no descubro mas que cosas innominadas, misterios para mí verdaderamente inefables, porque, debo confesarlo, me son enteramente incomprensibles. ¡Dichoso yo, si con mi silencio puedo hacer á lo ménos sospechar todo lo que mi palabra no puede decir!

Pero ántes de concluir os pregunto con un horror muy bien fundado: ¿qué es lo que debe producir tarde ó temprano ese reinado de la injusticia que triunfa en las orgías de la codicia contemporánea? Decidme: ¿qué pensais vosotros mismos que pueden hacer germinar en el fondo de la sociedad todos esos misterios de injusticia, sino odios y siempre odios? ¡Ah! señores, la humanidad pobre, que tiene de esos misterios oscuros un conocimiento vago, y algunas veces (¡desgraciadamente!) manifestaciones en exceso notorias, ¿qué ideas puede concebir contra el mundo que los efectúa, sino es resentimientos sordos y fratricidas venganzas? Por lo tanto, ¡oh vosotros todos que poseeis! poned un freno al egoismo, una barrera á la codicia, y de vuestras almas honradas haced un antemural á la justicia que se cae por todas partes: poseed en el amor, poseed en la justicia; porque si la codicia inmola la justicia al triunfo del egoismo, el odio de los hombres vendrá como un castigo de Dios á exigiros, junto con arrepentimientos tardíos, represalias terribles.

¿Se extrañará acaso, que en un lugar tan elevado y en semejante reunion encuentre la palabra bastante independecia para revelar tales misterios, y manifestar los desastres y las degradaciones con que á todos nos amenazan? Esto sería olvidar la vocacion del apostolado. La palabra evangélica hace en nuestros dias lo que ha hecho siempre: ella defiende á los hombres contra la tiranía de la codicia humana; delante de los egoismos, impacientes de engullirlo todo, ella echa el grito del amor, impaciente de salvarlo todo; y piensen lo que

quieran los hombres, ella cumple la voluntad de Dios. Dios la envía para aterrar, con su vivacidad, las codicias egoistas donde quiera que se encuentren, y glorificar en el mundo el reinado progresivo de la justicia y de la caridad. Ella quisiera desmenuzar con sus rayos esa segunda cabeza de la hidra devoradora y revolucionaria, la *codicia*: con esta condicion solamente, ella comprende y realiza el progreso en el hombre, el progreso en la familia, el progreso en la sociedad, el progreso en la humanidad entera.